

Flagler Max

Era una mañana normal en el caluroso verano Miamense. Serían acaso las siete y media cuando El apuró la taza de café americano, cogió la bolsita de Publix con su almuerzo y salió presuroso rumbo a la parada del autobús. Parecía mentira, pensaba mientras atravesaba a toda carrera la calle Flagler, ya tenía seis meses de estar en Miami, seis meses desde que se había despedido de su eternamente afligida madre allá en el Aeropuerto de Managua. Nítidamente recordaba los rostros compungidos de sus tías y primas, con esas expresiones que la gente pone cuando se disponen a decirte que nos vemos pronto cuando saben el fondo que el reencuentro es una quimera. Esas despedidas que son para siempre. Y eso la sabían esas viejas cuyas vidas probablemente ya no se estirarían para alcanzarlo a ver bajando triunfante del avión, con su saco y corbata, su gringa al lado y los chavalitos rubios como en las películas; con veinte valijas llenas de regalos para todos, trayendo esa muñeca Barbie con que tanto soñaba su primita o el carro de control remoto para su hermano el menor. Si, las viejas tenían cara de entierro, pero así y todo lo abrazaron fuerte y le sonrieron mientras lo bendecían y El, apurado cruzaba la puerta que lo llevaría hasta el avión rumbo a Miami. “Vos sos inteligente” le decían sin parar, “tenés toda la vida por delante”, “en cuanto llegués nos escribís por la agencia, ve que en el correo todas las cartas se las roban, escribí pronto y seguido, no tomes guaro, cualquier cosa nos avisas”.

Así, entre recuerdos, con una sonrisita en los labios llegó a la parada de buses en la Primera y la Diecisiete, exactamente frente al Yambo, restaurante de comida Nica en donde todos las noches cenaba gallo pinto, maduro y carne asada con un vaso de agua helada. Como siempre, la caseta estaba atiborrada con la misma gente que durante esos seis meses a esa misma hora esperaban la Max junto con El. Ahí estaban las dos señoras gordas cubanas que trabajaban en Burdines en el downtown, también el chinandegano que era ayudante de electricista y quien le había prometido conectarlo para conseguir un mejor trabajo, y no es que El no tuviera ya un buen trabajo, no podía quejarse, era asistente del handyman del edificio que estaba en Flagler y la Dos, era un edificio de apartamentos donde solamente vivían viejitos Cubanos casi todos, y todos lo querían y hasta le regalaban café Cubano a cada rato, y es que los viejitos tomaban café a cada rato, se rió para sus adentros. Estaba también en la parada de buses el borrachito que decía que era veterano de Vietnam y que pedía chavos para un pan con bistec, y en la esquina de la caseta estaba la altiva hondureña tan rica que tenía un par de tetas que lo traían bizco, es cierto que ella no le hablaba ni lo miraba siquiera, pero las mujeres así son, pensaba.

Se acercó a la caseta, dió los buenos días y se quedó recostado a un safacón mientras se secaba el sudor de la frente, “¡puta! y es que hace calor en este Miami jodido.” Pensó.

A las y cuarenta y seis en punto divisó a La Max que se aproximaba; todos se levantaron y se prepararon para abordar el bus, el cual con un chillido se parqueó a la orillita de la cuneta y como bien educado que era se bajó un poquito para que se montaran las dos señoras gordas que trabajaban en Burdines. El se montó de último, como siempre, detrás de la hondureña, quien no tenía muchas nalgas pero seguro todo estaría por delante.

El bus no iba lleno del todo, El caminó hasta el centro y pidiendo el respectivo permiso se sentó al lado de la ventana junto a una señora en sus cincuenta quien conversaba animadamente con otras dos de su misma edad quienes iban sentadas en la fila de adelante. La conversación era amena, continúa, fluía de una boca a la otra, la palabra danzaba entre los gestos y contorsiones de las manos, brazos y antebrazos de las locuaces mujeres, quienes evocaban recuerdos, direcciones en las que no parecían ponerse de acuerdo, nombres de tiendas, farmacias, calles, hoteles, vecindarios y todo un rosario de lugares que a El le eran completamente desconocidos, hecho que no evitaba para nada que la plática le resultara interesantísima.

Continuó así ido, escuchando a las mujeres hasta que el bus hizo parada en la Doce, exactamente en la Esquina de Tejas en donde decían que una vez había llegado a comer Reagan. Se abrió la puerta delantera y se montaron al bus dos mujeres de esas que andan vestidas de blanco como enfermeras, pero que al parecer son monjas o algo así, lo cierto es que siempre andan con un tarrito pidiendo dinero. Una de las cotonudas era bonita y joven, y El la estaba viendo cuando detrás de ella se montó el viejo. Era negro, flaco, mas bien enjuto, pequeño de estatura y un poco encorvado; la cabeza casi calva, mostraba esporádicas motas de algodón sobre todo al lado de las patillas, el centro del coco lo tenía liso y bien brillante. No tenía cejas, o no se le miraban detrás de los enormes anteojos bifocales de carey, cuyo exagerado marco le cubría prácticamente la mitad superior del rostro. Vestía una camisa manga larga policromada, de poliéster, faja blanca anchísima con hebilla plateada en forma de águila y pantalón también de poliéster, carmelita, tallado altísimo casi hasta la misma mitad de la panza. Calzaba el viejo zapatos tenis de un color otrora blanco, fruncidos y obviamente remendados, cargaba ceremoniosamente bajo el brazo izquierdo un desvencijado portafolio.

Avanzó el viejo hacia adentro y tomó asiento justo al lado de las mujeres que iban frente a El. “Buenos días, con permiso” dijo con una sonrisa que mas bien era una mueca, se acomodó en la silla y con sumo estilo sacó del portafolio el periódico y clavó los ojos en él acercando la cara al papel con un solemne estirón de cuello.

El bus arrancó y las mujeres siguieron en su conversación, hablaban ahora de la chusmería con que la cajera del Sedanos había tratado a una de ellas tan solo por haber mezclado el ají verde con el rojo, si total, la diferencia era de diez kilos solamente y esa mujer le había sonado tremendo grito delante de todo el mundo, menos mal que ella se contuvo, porque ganas no le faltaron de mandarla pa'l carajo pero que va, ella no estaba para esos trajines.

Y mientras la una relataba sus cuitas, las otras asentían con la cabeza y complementaban la conversación. Así estaban, cuando la plática giró en torno a la lluvia que se veía estaba cayendo ya en el downtown. “tremenda lluvia la que está para hoy”, “Si mi’ja, no oíste a John Morales anoche en el noticiero, toda la semana va a ser de lluvia”, “tremendo temporal el que nos viene arriba”

El viejo, quien tenía la cara sembrada en el periódico se enderezó y con un gesto parsimonioso pero firme alzó la mano derecha y dirigiéndose a las mujeres dijo: “perdón, puedo hablar?”, ellas callaron de inmediato y al unísono asintieron. Fué entonces cuando el viejo dobló el periódico, lo guardó en el portafolio y giró la cintura noventa grados quedando de frente a las mujeres. “Temporales” dijo, “temporales eran los de mi pueblo en Las Villas, imagínense que una vez para un Noviembre, les estoy hablando del cuarenta y pico, ese mismo año en que mataron a los estudiantes aquellos por lo de la huelga del transporte, ¿se acuerdan?” inquirió el viejo mientras le tocaba el hombro a una de las mujeres, “Ustedes saben, que eso del transporte fue tremenda jodienda, pero bueno, les decía que ese día me levanté temprano, como siempre, y mira que yo toda la vida me he levantado temprano, ahora es que con eso del insomnio que me ha caído arriba ya no duermo del todo, pero yo siempre me levantaba temprano. Boberías de uno, pues que necesidad teníamos nosotros de madrugar? Imagínense, mi padre tenía una hacienda que había que decirle Usted, ganado, caña, malanga, tabaco, chivos, caballos, y óigame que monté yo caballos, hasta el día en que un garañón botó a mi hermano y se rompió la pierna, no el garañón, mi hermano, y mi padre nos dió una pela que dije yo, que va, caballos mas nunca. Pero les decía, en esa hacienda había de todo, yuca, mangos, piñas, plátanos, boniato, ¡mira que eran dulces los boniatos!, mi abuela se botaba un boniato frito que para que les cuento, si hasta un día me empaché de tanto comer y me dio una clase de diarrea que para que fue aquello. Pero imagínense, en esa hacienda había de todo, y nosotros, qué necesidad teníamos de madrugar, no les parece? Pero así he sido yo, terco. Y no es terquedad, permítanme decirles, y es que, que se va a quedar haciendo uno en una cama? Ustedes me van a disculpar, pero eso de dormir la mañana siempre lo he visto yo como cosa de vagos, así que tempranito estaba yo arriba. Pues les decía que ese día me levanto y salgo directo al baño que quedaba detrás de la casa, era una caseta con una pila en la que caía directamente un manantial que bajaba de la Sierra, un agua cristalina, fría, ¡que fría!, si era congelada que caía esa agua en la pila, imagínense que yo me metía media hora cogiendo valor antes de echarme el primer cubo de agua arriba. Bueno, la cosa es que en lo que yo salgo para el baño miro que el cielo estaba bien nublado, más que de costumbre, pero no le puse atención. ¡Muchacho!, quien te dice a ti que a la media hora aquello era negro, ha empezado un temporal de esos que meten miedo, fíjate que llovió y llovió mas o menos como veintidós días sin parar, menos mal que en Cuba no existían las inundaciones porque si hubiera sido aquí en Miami nos ahogamos pa’l carajo”. Y diciendo esto soltó una especie de carcajada que dejó ver todo el interior de su boca en la que un poste solitario evocaba el recuerdo de una dentadura.

Hubo un silencio, las mujeres se quedaron viendo al viejo quien a su vez las miraba como esperando una respuesta o al menos un comentario. De pronto hubo un súbito frenazo, lo suficientemente fuerte como para que al viejo se le cayera el portafolio el cual se deslizó debajo de los asientos yendo a parar prácticamente hasta la parte delantera del bus. El viejo se puso en cuatro patas y murmurando maldiciones gateó por el pasillo con el rostro pegado al piso buscando el portafolio hasta que lo vio. Se acostó entonces totalmente y con un esfuerzo enorme estiró el brazo y cuando ya estaba por cogerlo se le salió un pedo. El viejo se quedó inmóvil por un segundo, haló el maletín y sin voltear a ver a nadie bajó en tropel del bus que justamente paraba en la Siete.

El se carcajeó. “Tenía rato de no reírme de esta manera”, pensó. Y es que la vida en Miami no era fácil, pero que jodido, El sabía que todo principio era duro. Se estaba poniendo casi melancólico cuando vio que ya el bus llegaba a la Segunda, apretó apurado la señal de parada y se puso de pie disponiéndose a salir por la puerta trasera del bus. En el último asiento, justo antes de la puerta de salida estaba la hondureña quien al verlo se hizo la disimulada. El, desde arriba, miró ese par de frutas frescas, esos volcanes divinos, esas protuberancias de porcelana rosada que ya lo tenían en erupción. Tragó gordo, empujando apresurado la puerta del bus bajó a la acera y se dirigió contento a trabajar de ayudante de handyman en el edificio de apartamentos en donde seguramente los viejitos lo estarían esperando con café.

Carlos R Monjarrez
Miami, FL
Febrero, 2001